

Dos líneas sobre la cuestión étnica en la Internacional Comunista
antorcha.org para kimetz www.antorcha.org

La realidad es enormemente más compleja y diversa que cualquier ciencia y, por tanto, es también mucho más rica que el propio marxismo-leninismo. En los años veinte del pasado siglo, los comunistas habíamos llegado a comprender y buscar soluciones primero a la cuestión nacional y luego extenderlas a algo distinto pero parecido: la cuestión colonial.

La realidad es enormemente más compleja y diversa que cualquier ciencia y, por tanto, es también mucho más rica que el propio marxismo-leninismo. En los años veinte del pasado siglo, los comunistas habíamos llegado a comprender y buscar soluciones primero a la cuestión nacional y luego extenderlas a algo distinto pero parecido: la cuestión colonial.

De Marx a Stalin, los clásicos nos lo dieron todo casi masticado y no teníamos más que repetir en todos los programas un principio básico y fundamental: autodeterminación.

Fue entonces cuando nos topamos con otro problema, la cuestión étnica, y entonces se suscitó un debate sobre si las poblaciones étnicas marginadas y empobrecidas formaban unidades de tipo nacional, lo cual, a su vez, cuestionó la relación de ello con la lucha de clases.

Espontáneamente, la práctica de los partidos comunistas no reconoció inicialmente ninguna identidad nacional en las colectividades étnicas, lo cual suponía no reconocer ninguna diferencia en absoluto y, en consecuencia, a tratar la cuestión étnica como un aspecto más de la lucha de clases. No había que plantear ningún programa específico para los grupos étnicos, que eran trabajadores oprimidos como cualesquiera otros.

Habitualmente los imperialistas y la intelectualidad burguesa critican a la Internacional Comunista por una supuesta imposición desde Moscú de una determinada línea política en términos imperativos que no daban lugar a ninguna controversia. Los extensos debates sobre la cuestión indígena demuestran que ese no era el método de trabajo y que todas las propuestas eran discutidas por los comunistas durante largas sesiones, en Moscú y en todas las localidades del mundo.

Fue la Internacional Comunista quien, al poco de su fundación, lanzó el debate a los partidos comunistas locales implicados en la cuestión: era necesario implementar una política diferenciada para esas poblaciones marginadas. Hasta ese punto la posición de la Internacional Comunista era justa, pero añadió algo más al fundamentar esa nueva línea en la tesis de las nacionalidades: las poblaciones étnicas constituían naciones y, por tanto, la fórmula de autodeterminación también era válida para solucionar

ese problema. Éste era el error.

Este error parcial no puede esconder que las discusiones ayudaron a los comunistas de entonces a comprender cómo la adscripción étnica influenciaba la experiencia (y por tanto la conciencia) de clase. Sólo entonces los comunistas comprendieron de una manera más precisa la situación social y política de las grandes masas étnicas diferenciadas y pudieron incorporarlas a la revolución socialista, que es de lo que se trataba, en definitiva. Sin embargo, el éxito no podía ocultar durante mucho tiempo que había un mal planteamiento de fondo que Mariátegui fue el único comunista capaz de descubrir y plantear en sus justos términos: las poblaciones étnicas no eran naciones; su problema no era nacional sino social. Por eso la aportación de Mariátegui al acervo del marxismo-leninismo es universal, trasciende las fronteras de Perú y del Cono Sur.

La cuestión negra

Las tergiversaciones contra la línea de la Internacional Comunista pretenden sugerir una aplicación mecánica y sistemática de soluciones europeas o soviéticas a otras problemáticas del mundo, y más en concreto, a la situación latinoamericana. Ese supuesto eurocentrismo es una verdadera estupidez porque inicialmente la cuestión étnica se planteó fuera de Europa, con referencia a los negros en Sudáfrica y el sur de Estados Unidos, donde los comunistas locales (blancos) se resistieron inicialmente a organizar a la población nativa y afro-americana. Los comunistas de esos dos países aducían las actitudes racistas dominantes en la sociedad hacia los negros, en general, que se acrecentaban cuando los trabajadores negros reemplazaban a los blancos como esquirolas durante las huelgas. En 1922 una manifestación en Sudáfrica lanzó la consigna Trabajadores del mundo, luchemos por una Sudáfrica blanca, lo cual revelaba el racismo que prevalecía también entre los trabajadores blancos.

En el V Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en 1924, las discusiones sobre la cuestión negra empezaron a distanciarse de un análisis de clase para introducir otro de tipo nacional. La Internacional Comunista propuso defender la igualdad social para las minorías étnicas, las cuales formaban naciones y, por tanto, también tenían derecho a su autodeterminación, creando una Comisión Negra para estudiar más fondo este asunto. La integraban delegados de los partidos comunistas de Inglaterra, Francia y Bélgica, los principales países con posesiones coloniales en África.

Cuatro años después uno de los asuntos más discutidos por el VI Congreso fue el papel de las poblaciones étnicas en la lucha revolucionaria, resolviendo que una de las labores más importantes del Partido Comunista es la lucha por una completa y real igualdad para los negros, por la abolición de todo tipo de desigualdades raciales, sociales y políticas. El programa que se aprobó en aquel Congreso extendió estas discusiones previas, reconociendo el derecho de todas las naciones y todas sus respectivas razas a la autodeterminación, hasta la secesión política si fuera necesaria. La Internacional Comunista consideró que los negros en Sudáfrica y Estados Unidos constituían naciones sometidas y propuso que

los comunistas locales organizaran los correspondientes movimientos de liberación nacional de los negros para luchar por la autodeterminación.

De Sudáfrica a Estados Unidos

Gracias a la Internacional Comunista, el Partido Comunista Sudafricano superó rápidamente su estrechez y resolvió sus posiciones étnicas antes que el de Estados Unidos. Cuatro años antes del VI Congreso de la Internacional Comunista, los comunistas sudafricanos empezaron a afiliarse a los negros, hasta el punto que en 1928 la gran mayoría de sus militantes eran nativos y el Partido difundía su propaganda en las lenguas africanas. Para extender su influencia entre los negros, el Partido Comunista Sudafricano se puso a la cabeza del Congreso Nacional Africano. En las tesis adoptadas por el Movimiento Revolucionario en los Países Coloniales y Semi-Coloniales del VI Congreso, la Internacional Comunista reseñó los éxitos con el proletariado negro del Partido Comunista Sudafricano, y le animó a continuar la lucha por la igualdad racial y por una república independiente y nativa.

Con este éxito, las posiciones de los comunistas sudafricanos se convirtieron en un modelo de aplicación general.

Antes del VI Congreso, los comunistas en Estados Unidos prestaron poca atención a la población afro-americana. Como en Sudáfrica, sólo se plantearon este asunto de una manera rigurosa por la intervención de la Internacional Comunista, que les estimuló a luchar contra el chovinismo blanco y por el derecho de autodeterminación de los negros en el sur. La Internacional Comunista consideraba el racismo antinegro en Estados Unidos como el talón de Aquiles del capitalismo norteamericano y determinó que los negros formaban una nación subyugada que, para liberarse, debía crear un movimiento nacional propio.

Los éxitos también sonrieron a los comunistas en aquel país como en Sudáfrica. En 1931 el Partido Comunista defendió a nueve jóvenes negros acusados de la violación de unas blancas en Alabama en el famoso Caso Scottsboro. La campaña comunista dio a conocer en todo el mundo la discriminación racial que padecían los negros en Estados Unidos. El Caso Scottsboro marcó un punto decisivo en el compromiso de los comunistas en asuntos raciales y la defensa de los negros se expandió más allá de la Internacional Comunista. Todos los sectores sociales progresistas y las masas en general aprendieron de los comunistas la lucha contra la discriminación social y el racismo.

Sin embargo, en los años treinta del pasado siglo la emigración a las zonas urbanas de los afro-americanos procedentes del sur de Estados Unidos les había integrado en la cultura anglosajona dominante, por más que exhibieran importantes rasgos diferenciadores; en cualquier caso, no tenían las características de una nacionalidad, como su propio idioma o su territorio. En el sur de Estados Unidos los afro-americanos tampoco tenían ninguna forma de conciencia nacional para luchar por una república propia. No la tenían ni la podían tener porque no eran una nación y toda tentativa de introducirla desde fuera era artificial y estaba condenada al fracaso. Por eso en la década de los cuarenta los comunistas abandonaron

la idea de crear una república negra independiente, sin abandonar por ello la lucha contra la discriminación racial. Para implementar un trabajo político específico entre los negros no era necesario considerar que formaban una nación diferenciada.

Los países andinos

En 1928 el VI Congreso de la Internacional Comunista la discusión sobre la cuestión negra se extendió de Sudáfrica y Estados Unidos a América Latina suscitando la problemática indígena. Las divisiones de clase y étnicas en Sudamérica eran semejantes a las que los comunistas encontraban en Sudáfrica y Estados Unidos. Una historia larga de racismo y explotación en América Latina también había engendrado mucha desconfianza recíproca.

La propuesta de la Internacional Comunista fue la misma: crear una república indígena entre los pueblos quechua y aymara en la región andina. Se resume también en el programa aprobado en 1931 por el Partido Comunista Brasileño, que defendía los derechos de los indígenas y los negros de gozar de autonomía, hasta la formación de naciones separadas.

El error fundamental de la Internacional Comunista radicaba en que sobrestimaba el desarrollo del capitalismo en América Latina y era muy difícil apreciar la formación de naciones en áreas en las que no existía una previa penetración del capitalismo y la subsiguiente formación del mercado interior que da unidad al grupo nacional y lo diferencia de los demás.

La propia situación semifeudal delataba que hablar del surgimiento de verdaderas naciones en el altiplano era pisar un terreno muy resbaladizo. En consecuencia, la insistencia de Mariátegui acerca de naciones en proceso de formación era correcta y, sobre todo, era mucho más correcta la tesis de que esas naciones no eran las indígenas sino que se trataba de naciones que debían construirse en base al elemento indígena (pero no solamente en torno a él).

La Conferencia comunista latinoamericana de 1929

Por iniciativa del comunista argentino Victorio Codovilla, la Conferencia de partidos comunistas latinoamericanos celebrada en Buenos Aires en junio del 1929 replanteó de nuevo el problema étnico desde su misma raíz. Aunque el orden del día original que publicó La Correspondencia Sudamericana incluyó la cuestión campesina como tema de discusión en la Conferencia, no mencionaba el problema de las poblaciones indígenas andinas. Hasta abril, sólo dos meses antes de la reunión, no se agregó al orden del día la ponencia sobre El problema de las razas en América Latina. Al parecer, el suizo Humbert-Droz sugirió a Codovilla que incluyera una discusión sobre la etnicidad. Lo cierto es que en una carta escrita el 29 de marzo de 1929, Codovilla le pidió a Mariátegui que asistiera a las reuniones y preparara un documento para una discusión de la lucha de los indígenas por su emancipación. Codovilla conocía a Mariátegui por su defensa de los indígenas de Perú y le encomendó la tarea por sus conocimientos profundos del problema, sus estudios serios y porque era la

única persona que podría proveer una base concreta en que se podría fundamentar la estrategia de la Internacional Comunista.

Como dijo el peruano Hugo Pesce en la reunión, es la primera vez que un Congreso Internacional de los Partidos Comunistas dedica su atención en forma tan amplia y específica al problema racial en la América Latina. Un delegado venezolano recordó también que los compañeros del Brasil, en el VI Congreso de la Internacional Comunista, negaban categóricamente la existencia del problema de razas en el país que representaban. Ahora vemos que tal problema existe y que es serio. Lo mismo dijo el suizo Humbert-Droz, que estaba allí presente. El debate, pues, no había hecho más que empezar, sin esquemas previos ni imposiciones de ningún tipo. Hay que recordarles a los intelectuales burgueses que lo que abre el debate no es una tesis de la Internacional Comunista sino una tesis de Mariátegui.

A pesar de los acuerdos en firme del VI Congreso, en Buenos Aires los comunistas latinoamericanos volvieron a discutir un año después si la opresión nativa era ante todo un asunto de clase, de etnia o de nacionalidad. Mariátegui contribuyó a reabrir la discusión con una larga ponencia, sosteniendo que la cuestión indígena era un asunto de lucha de clases sociales que sólo se podía solucionar con modificaciones fundamentales en el régimen de propiedad de la tierra, acabando con su distribución desigual y superando el feudalismo en el campo peruano, una reivindicación democrático-burguesa que forma parte integrante del programa mínimo de la revolución socialista.

Mariátegui volvió a la posición comunista originaria de que la pobreza y la marginación indígenas eran fundamentalmente un asunto de clase cuya solución era la reforma agraria, la liquidación del feudalismo y el régimen de propiedad de la tierra que padecían los campesinos indígenas.

Para el comunista peruano el planteamiento étnico disfraza el problema fundamental de la explotación de clases, la cual se origina en la distribución desigual de la tierra. El marxismo tiene la obligación de exponer la cuestión en sus verdaderos términos, eliminando toda tergiversación, y la conclusión de Mariátegui es contundente: económica, social o políticamente, el problema de las etnias es, en su raíz, el de la liquidación del feudalismo.

La interpretación de la cuestión étnica en términos de clase lleva, según Mariátegui, a que los indígenas y los negros jueguen a un papel central en el movimiento revolucionario que da paso a la emancipación del proletariado de la opresión de la burguesía mundial. En su ponencia Mariátegui manifiesta su confianza total en el potencial revolucionario del pueblo campesino indígena: Una conciencia revolucionaria indígena tardará quizás en formarse pero una vez que el indio haya hecho suya la idea socialista, la servirá con una disciplina, una tenacidad y una fuerza en la que pocos proletarios de otros medios podrán aventajarlo. Esta idea también la reflejaba en sus Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, donde argumentó que la esperanza indígena es absolutamente revolucionaria. El factor indígena se convertiría en un factor revolucionario y por eso enfatizó que la lucha indígena tenía que poseer un carácter neto de lucha de clases.

La ponencia terminaba con la declaración de que únicamente la lucha de los indios, proletarios y campesinos, en estrecha alianza con el proletariado mestizo y blanco contra el régimen feudal y capitalista, puede permitir el libre desenvolvimiento de las características raciales indias. La agudización de la lucha de clases, basada en el espíritu colectivo de los indígenas y no en un planteamiento nacional, disolvería las fronteras nacionales y llevaría a la autonomía política de su raza.

Por tanto, los comunistas tienen que convencer a los indígenas y a los negros de que sólo un gobierno de los trabajadores y los campesinos, representativo de todas las etnias, podría emanciparlos de su opresión.

Lo que asegura su emancipación es el dinamismo de una economía y una cultura que portan en su entraña el germen del socialismo. Su liberación seguiría estas mismas líneas, y estaría sujeta a los mismos principios de la historia que la clase obrera.

Negros, indígenas y mestizos

La larga ponencia de Mariátegui era extraordinariamente sutil. Se centraba fundamentalmente (pero no exclusivamente) en Perú y, aunque trataba de los indígenas, también tenía secciones sobre los negros, los mestizos y los mulatos. Mariátegui mantenía que los negros en América Latina no se enfrentaban al mismo nivel de discriminación racial que en Estados Unidos. En América Latina el racismo no se presentaba de la misma forma que en Estados Unidos o Sudáfrica, pero también existía. La situación de los negros en el Cono Sur era algo más complicada que en el norte porque su interacción con la cultura dominante estaba mediatizada por la presencia mulata en todas las clases sociales, particularmente en países como Haití y la República Dominicana. En cualquier caso negó que las luchas de los negros en América Latina tuvieran un carácter nacional, sino que respondían a unas preocupaciones limitadas y locales.

Además, según él, tampoco todos los países latinoamericanos presentaban el mismo problema étnico. Mariátegui era un internacionalista que quería contribuir a la lucha de los trabajadores en todo el mundo, y específicamente en América Latina, pero también opinaba que estas luchas tenían que responder a las características concretas de cada situación local. Al mismo tiempo, no ignoraba las afinidades étnicas y las identidades de los pueblos indígenas, que iban más allá de las fronteras nacionales. La extraordinaria fuerza del pensamiento de Mariátegui es que jamás se queda atrapado en ningún punto de vista unilateral.

Por eso divide el tema étnico en tres grupos principales: los descendientes de los imperios inca y azteca de las tierras altas, los indígenas de la selva baja y los negros. Los de las tierras altas tradicionalmente habían estado sometidos a relaciones feudales en las haciendas, pero cada día más se experimentaba el proceso de la proletarización de los trabajadores de las minas y las zonas urbanas. Citando un informe de un delegado brasileño, la ponencia apunta que el aislamiento de los indígenas de la selva limitaba su contacto con la vanguardia proletaria y su consecuente incorporación al movimiento revolucionario de las masas proletarias.

Se oponía al establecimiento de repúblicas nativas en el Cono Sur: La construcción de la raza indígena en un estado autónomo, mantenía Mariátegui, no conduciría en el momento actual a la dictadura del proletariado indio ni mucho menos a la formación de un estado indio sin clases. En vez de esto, el resultado sería un Estado indígena burgués con todas las contradicciones internas y externas de los estados burgueses. Mariátegui continuaba: Sólo el movimiento revolucionario clasista de las masas indígenas explotadas podrá permitirles dar un sentido real a la liberación de su raza de la explotación, favoreciendo las posibilidades de su autodeterminación política.

Al mismo tiempo, afirma que sin los indígenas Perú no existiría. La tesis de Mariátegui acerca de una nacionalidad peruana en formación significa que el indígena es una figura fundamental para la construcción de la identidad nacional, que sólo se podía lograr a través de la incorporación del pueblo indígena a una nueva sociedad socialista: Cuando se habla de la peruanidad, habría que empezar por investigar si esta peruanidad comprende al indio. Sin el indio no hay peruanidad posible. Si las repúblicas andinas se habían basado en el principio de que los descendientes de los conquistadores y los colonizadores constituyeron el cimiento del Perú actual, Mariátegui demostró, por el contrario, que el indígena es el cimiento de nuestra nacionalidad en formación.

Reacciones a la ponencia de Mariátegui

Lo importante de la Conferencia de Buenos Aires fue que, aunque no resolviera de modo correcto todas las claves fundamentales de la compleja problemática andina, las dejó correctamente indicadas, especialmente las siguientes:

- la penetración capitalista en el altiplano andino
- los mecanismos de explotación feudal de los indígenas en las haciendas
- la estrategia de la revolución democrático burguesa
- las formas de organizar a las masas campesinas rurales

No obstante, cabe reconocer que, como poco, las intervenciones de los delegados comunistas resultan bastante confusas. Dificilmente las cosas podrían haber sido de otra forma, dado que era la primera vez que se abordaba el problema y que era la primera reunión de esas características en el Cono Sur. Las soluciones no podían llegar desde Moscú como llovidas del cielo. Fue un primer contacto que dio lugar a una mezcla de expresiones acertadas con otras francamente equivocadas. Así Peters, el representante de la Juventud Comunista Internacional, aplaudió a los peruanos por su visión de la cuestión indígena, diferente de los indigenistas burgueses, que la planteaban como un problema puramente cultural o racial.

Pero criticó lo que consideraba como un desconocimiento del carácter nacional de la lucha indígena: Me parece que en los informes se confunde la cuestión de razas con la cuestión nacional. La formación de una nación se basa en la penetración de las relaciones capitalistas y, según Peters, este proceso no se había terminado en el Perú. A Perú le faltaba el nivel de desarrollo capitalista necesario para formar una nación unitaria. Hasta aquí, su argumentación resulta correcta. Sin embargo, las conclusiones

que de ello extrajo Peters eran extraviadas. Predijo que entre Perú y Bolivia desaparecerían las fronteras nacionales y se formarían repúblicas indígenas sobre una nueva base social.

Por su parte, Leoncio, un delegado de Brasil, dijo que la consigna del APRA 'América para los indios' era contrarrevolucionaria, y preguntó: ¿Existe un problema del indio en América Latina?. Sí, respondió, si el problema se definía como un asunto étnico. Substitúyase la expresión 'problema indígena' por la de 'problema agrario' y tendremos la cuestión colocada en sus términos exactos. Según el delegado brasileño los indígenas debían organizarse como el proletariado agrícola, de forma semejante al proletariado industrial. Por tanto, los comunistas debían atenerse a la lucha de clases y no a la lucha de razas.

Varios delegados creyeron entender -equivocadamente- que el comunismo requería tratar el problema indígena como un problema nacional que se debía resolver por medio de un movimiento de liberación, mientras Mariátegui pretendía impulsar un movimiento estrictamente clasista.

En su segundo turno de réplica, Pesce respondió manteniendo que la interpretación de la cuestión indígena como un asunto nacional con el objetivo de lograr la autodeterminación indígena era equivocada porque excluía de la lucha a los obreros urbanos y a los campesinos mestizos. Por su parte, Portocarrero observó que muchas de las luchas ya existentes de los indígenas por la tierra en Perú eran contra los caciques indígenas, lo que demostraba que la lucha no era de tipo nacional. Hábilmente los dos delegados peruanos encontraron su mejor aliado en la propia Internacional Comunista, una de cuyas resoluciones decía lo siguiente: El partido comunista debe ser el partido de una sola clase, el partido del proletariado.

Una discusión abierta

La propia forma del debate, la amplitud con que todos los delegados pudieron exponer sus puntos de vista y el tono del mismo, demuestran bien contundentemente la falacia de todas las tergiversaciones que ha desatado la intelectualidad burguesa, que ha manipulado las actas de aquella Conferencia para manipular, a su vez, las tesis de la Internacional Comunista y las del propio Mariátegui. Demuestra también, frente a las supuestas acusaciones de monolitismo, las profundas discusiones que se abrían a partir de este planteamiento inicial. Las controversias no provocaron ninguna ruptura entre la Internacional Comunista y el Partido Socialista de Perú (y Mariátegui con él). En una carta enviada desde Buenos Aires el 25 de junio de 1929 dando cuenta de la conclusión de la reunión, Hugo Pesce escribió: La discusión durante el Congreso así como en sesiones de Comité, se ha desarrollado, inútil es decirlo, dentro de un ambiente de la más franca camaradería, no sólo, sino que, contrariamente a suposiciones hechas por compañeros peruanos desterrados, ha habido la mayor comprensión de nuestros problemas, y un verdadero espíritu de cooperación por parte de los dirigentes. Tampoco hubo ninguna imposición porque no se adoptó ninguna postura definitiva sobre el indigenismo y Humbert-Droz dijo expresamente que había que estimular la discusión dentro del movimiento comunista internacional antes de llegar a un acuerdo. El suizo destacó la extrema complejidad de la cuestión étnica en

América Latina, que contenía muchos aspectos y la autodeterminación no era suficiente para resolver todos ellos de una manera uniforme. Entre esos aspectos destacó la reforma de la tierra, la historia de la conquista, la colonización y la esclavitud en América Latina, las diferencias lingüísticas, la variedad de grupos étnicos y el imperialismo que promovía las tensiones étnicas.

En agosto de 1929 La Correspondencia Sudamericana, órgano local de la Internacional Comunista, publicó las resoluciones aprobadas por la Conferencia, entre las cuales no aparecía ninguna sobre la discusión del problema étnico, a pesar del largo debate. En cambio, a petición de Humbert-Droz, la revista publicó dos de las tesis divergentes acerca del tema (un largo fragmento de la ponencia de Mariátegui y otro mucho más corto del delegado brasileño Leoncio), junto con unos comentarios del propio Humbert-Droz. El objetivo era ampliar el debate y disponer de materiales suficientes para preparar una próxima Conferencia Continental porque los análisis de Buenos Aires no habían sido completos.

Indudablemente de aquellos debates surgió para el movimiento comunista internacional una nueva y profunda perspectiva de los complejos asuntos económicos y sociales que conducían al racismo en América Latina. Por primera vez los comunistas que llegaban de áreas urbanas empezaron a apreciar también la rica diversidad cultural de los indígenas de la montaña. Se había abierto un camino que había que recorrer hasta el final. Los editores de La Correspondencia Sudamericana animaban a los partidos comunistas latinoamericanos a profundizar en el estudio de los asuntos étnicos en sus propios países y a remitir las actas de sus discusiones para publicarlas. Ése era el estilo de trabajo de la Internacional Comunista en tiempos de Stalin, el mismo que seguimos manteniendo hoy todos los comunistas del mundo.

En sus Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana Mariátegui repitió el comentario de Luis Valcárcel de que el proletariado indígena espera su Lenin. Ese Lenin le llegó al proletariado indígena con la voz del propio Mariátegui. Por eso no puede extrañar que Mariátegui fuera primero despreciado y, ante el fracaso de ese empeño, fuera luego venerado por la propia intelectualidad burguesa de Perú y de todo Latinoamérica. Si no se le podía silenciar, había que desfigurar sus escritos y sobre todo enfrentar a Mariátegui con los suyos, con la Internacional Comunista. Esperamos haber demostrado esta falsedad y que las cosas pocas veces suceden como las pintan la burguesía y los imperialistas.

http://www.kimetz.org/main/gestion_news_show.php?id_noticia=705



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).

© CEME web productions 2003 -2008 